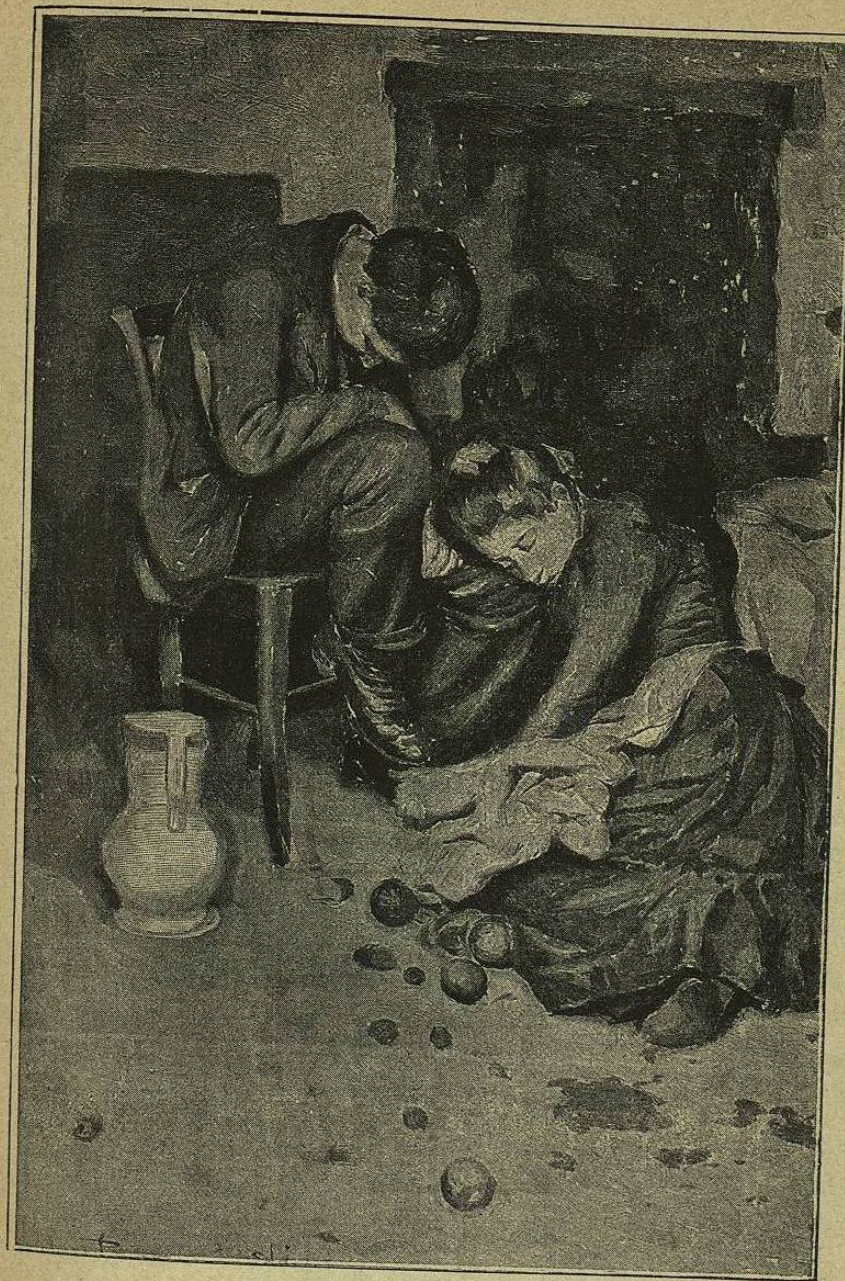


VI

El bufete en donde trabajaba Alberto estaba en una de las calles más solitarias de Florencia. Trabajaban con él tres ó cuatro jóvenes entre meritorios y amanuenses, con los cuales tenía poca franqueza porque su carácter y costumbres eran muy distintos de los suyos. El abogado á quien pertenecía el bufete era hombre de unos cincuenta años, de aspecto severo, modales bruscos y pocas palabras; pero bueno, según se decía, y justo, y á veces hasta afable con sus dependientes, aunque con la condición de que no le contradijesen, de que aguardasen la reparación de un agravio, cuando lo hiciese, por su arrepentimiento espontáneo, sin solicitarlo con quejas ó protestas; caballero, en una palabra, prescindiendo de su orgullo y de su carácter irascible que lo hacían temer más que querer. Más que la laboriosidad y el recogimiento, le gustaba en sus dependientes la deferencia manifestada con su actitud modesta y con sus palabras obsequiosas; por esto no era Alberto santo de su devoción, pues solía obedecerle callando, saludarle sin sonreír y respetarle sin inclinarse. El otro amanuense (eran dos) gozaba de mayor favor con él y le confiaba con preferencia los trabajos extraordinarios que proporcionaban alguna pequeña ganancia aparte del escaso sueldo mensual. Este amanuense era solícito, sonriente, dúctil; se anticipaba, con admirable rapidez, á todos sus deseos; reflejaba, con la prontitud de un espejo, todas sus sonrisas; repetía, con la fidelidad del eco, la última palabra de cada una de sus frases; vestía con cierto gusto; no llevaba aquellos sobretodos y aquellos pantalones descoloridos y raídos de Alberto, que parecía que conservasen los puntos por milagro y que echasen continuamente



Julia estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en las rodillas de Alberto

en cara al abogado la mezquindad del sueldo y la miseria del empleado. Era, en suma, íntima y ostensiblemente el favorito. Por esto Alberto lo miraba de soslayo, no por envidia de la predilección, pues no era capaz de tenerla, sino por la ostentación maligna que aquél hacía de sus privilegios, con una sonrisa, constante y ligera, de benevolencia protectora, más insolente que la soberbia. Tenía algunos años más que Alberto, era delgaducho, siempre vestido de petimetre, risueño, locuaz y burlón.

Cierta mañana lluviosa de fines de marzo, siete días antes que sucediese en casa de Julia el hecho que queda referido, hacía frío y se había encendido fuego en todas las chimeneas del estudio. Alberto escribía en una pieza contigua á la de su principal, á poca distancia del otro amanuense, el cual se levantaba de vez en cuando para ir á calentarse. De pronto se presentó el abogado en el umbral de su despacho y con su ceño acostumbrado hizo á Alberto una seña para indicarle que le necesitaba. Alberto se levantó y pasó al despacho. El abogado se sentó á su mesa, que estaba enfrente de la chimenea, y empezó á buscar entre sus papeles diciendo: «Tengo que dar á usted una cosa para copiar.» Alberto estaba cuadrado como un soldado, á un paso de su silla. «No está por aquí,» dijo el abogado, y cerrando con ímpetu un gran libro de cuentas que tenía delante, se levantó y salió. Al poco rato volvió con un pliego, diciendo: «Aquí está;» se lo entregó á Alberto, y le indicó que lo copiara. El joven volvió á su cuarto y se puso á trabajar. A los pocos momentos oyó en el despacho del abogado un ruido confuso como de libros y papeles revueltos, exclamaciones de impaciencia, bufidos, y luego silencio; poco después el mismo rumor, más fuerte y acelerado que antes, y luego un nuevo silencio; por último oyó que se le llamaba.

Corrió al despacho y se plantó como siempre delante de la mesa, diciendo: «Mande usted.»

El abogado le miró. Alberto, poco acostumbrado á la mirada de aquel hombre, al que sabía que no le era simpático, se puso colorado.

— Dígame usted la verdad, le dijo el abogado severamente y bajando los ojos.

El joven le miró atónito. El abogado volvió á fijar en él la vista, arrugó el entrecejo, pareció un momento vacilante, y repuso con tono resuelto.

— Dígame usted la verdad... y quedará sepultada entre usted y yo para siempre.

— No comprendo, contestó el joven sonriendo.

Hay momentos infaustos en que basta el más leve indicio para convertir una vana sospecha en certidumbre profunda, resuelta, ciega, que arranca al labio palabras fatales.

— Aquí había un billete de cien liras, dijo con viveza el abogado.

— ¡Oh!, exclamó el joven poniéndose pálido y haciendo un vigoroso ademán como para alejar de sí aquella sospecha.

El abogado le miró de hito en hito como para leer en el fondo de su alma.

— ¡Señor mío, gritó Alberto con voz que no parecía la suya, prohibo á usted que me mire de ese modo!

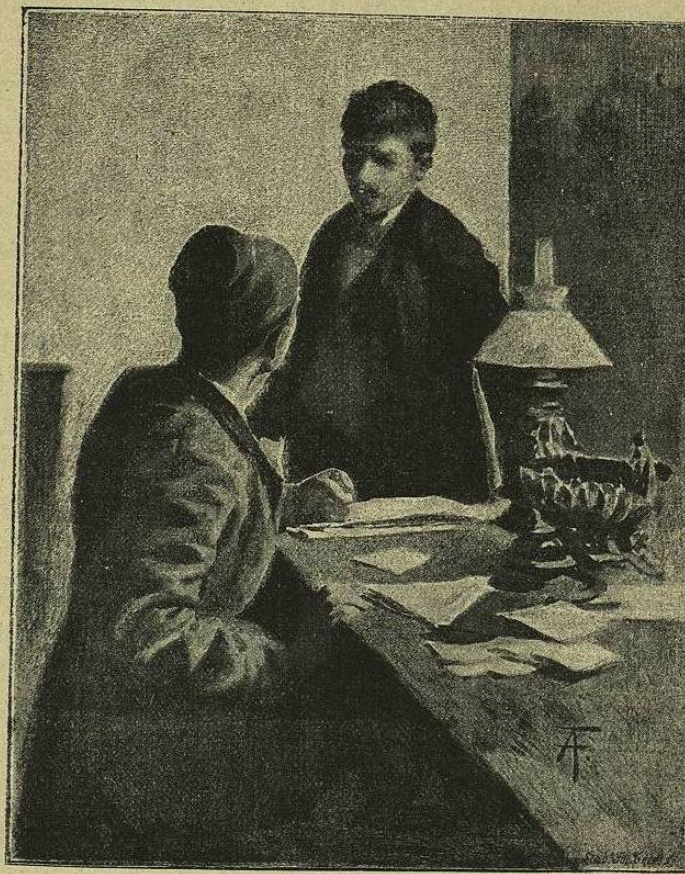
— Aquí no hay nadie que pueda decir «prohibo» más que yo, contestó imperiosamente el abogado. Y á mi vez le prohibo á usted que vuelva á poner los pies en mi casa.

— ¡Por Dios, tenga usted cuidado con lo que hace!, exclamó Alberto con acento suplicante y desesperado.

El abogado, fuera de sí, le señaló la puerta.

Habían acudido los demás dependientes; Alberto los miró,

miró otra vez al abogado, hizo un esfuerzo para hablar, no pudo, se dió una fuerte palmada en la frente y salió del despacho con precipitación.



El abogado le miró de hito en hito

— ¡Salgan ustedes!, dijo bruscamente el principal á los jóvenes, y se quedó solo.

Permaneció inmóvil, pálido, con la mirada fija en la puerta. Pronto se le aplacó la ira, le asaltó una duda repentina, se puso á buscar precipitadamente en la mesa, debajo, alrededor,

entre los libros; no encontró nada, respiró fuertemente y se dejó caer en la silla fatigado. «Estaba aquí, murmuró golpeando la mesa, aquí, estoy seguro como de que me he de morir: no puedo haberme engañado!» Y se puso otra vez á pensar y á buscar.

Desde aquel día Alberto no volvió á presentarse y el abogado no habló más del asunto. Creyendo que nadie había oído las palabras que habían sido causa de la cuestión (aquí la causa era un billete de cien liras), no la reveló á nadie. Siguió buscando el billete, pero siempre en vano; desechó toda duda, y aun hubo momentos en que tuvo la intención de buscar al joven para obligarle á confesar. Pero cuando acudía á su imaginación aquel rostro descompuesto y pálido y aquel ademán imperioso, cierto temor secreto, casi más fuerte que su certeza, le hacía desistir de su propósito.

Tal había sido la causa de la mudanza observada en Alberto y de todo lo que había sucedido después. No había vuelto al bufete, ni encontrado á ninguno de sus compañeros.

Y Julia, en aquella noche del hambre, lo había sabido todo.

VII

Por entonces vivía en una casa elegante de la calle de Santa Reparada un joven napolitano llegado á Florencia con objeto de estudiar idiomas y consultar documentos para una obra de crítica literaria que había emprendido hacía largo tiempo. Más de un año llevaba ya en Florencia y conocía mucha gente; pero se trataba con poca y sólo de vez en cuando, según su humor, desigual en demasía, y su violenta pasión por los estudios, interrumpida en ocasiones por un impulso impe-

tuoso hacia la vida vagabunda. Su casa era la fiel expresión de su índole y de su género de existencia. Había en una mesa un enorme montón de libros, desencuadernados, con las cubiertas y los pliegos esparcidos; encima del montón de libros, varias camisas llevadas una hora antes por la planchadora; sobre las camisas, un sombrero de copa con la huella del cepillo pasado á contrapelo: un gran retrato de Luis Ariosto, su poeta favorito, colgado de una pared, y debajo del retrato un mapa desprendido de uno de los dos clavos que lo sostenían, con el extremo inferior metido en un tintero olvidado en una silla. En la estufa, en la mesa, en la cama, en todas partes, ropas, papeles, periódicos, sobres rotos, y una nube de polvo dondequiera que se diese un soplo ó se pasara la mano.

Eran las once de la mañana de uno de los primeros días de abril, y nuestro joven se levantaba de la cama, con los ojos hinchados, la cabeza pesada y la boca amarga. Miróse un momento al espejo, entró en la salita que le servía de despacho, tiró por la ventana una horquilla de cabello, que encontró en el suelo, dió un largo y sonoro bostezo, y se arrellanó en un sillón pierna sobre pierna y cruzado de brazos, poniéndose á pensar. De pronto vió una carta en la mesa, la tomó, la abrió, miró la firma y empezó á leer.

No comprendió las primeras líneas, tan embotada tenía la imaginación por el sueño; mas poco á poco se le fué aclarando.

«... Veamos, decía la carta: ¿de qué puede usted quejarse en este mundo? ¿Qué le falta? ¿Salud? Tiene usted para dar y vender. ¿Dinero? Tiene usted el necesario. ¿El aprecio de la gente? Pocos á la edad de usted han disfrutado de tanto. ¿Amigos? Tiene usted muchos y sinceros. ¿Ingenio? Es su cualidad más saliente. ¿Amor? No tiene usted más que buscar-